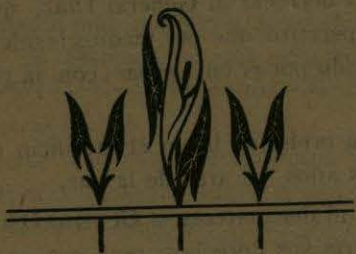


pretendemos guiar con nuestros escritos la opinión pública, nos corresponde la tarea de encauzar las energías populares por el anchuroso camino de la democracia, á fin de evitar que se desvíen por los tortuosos senderos de las revueltas y guerras intestinas.



CAPITULO III

EL PODER ABSOLUTO

Ya hemos visto de que medios se ha valido el General Díaz para establecer en nuestra patria ese régimen tan contrario á las aspiraciones nacionales, expresadas de un modo terminante y grandioso en nuestra Constitución de 57.

Las grandes faltas cometidas por el General Díaz para lograr su objeto, deben imputarse á él personalmente.

Sin embargo, estas faltas son sin importancia comparadas con las funestas consecuencias que el régimen del poder absoluto ha acarreado sobre nuestra patria.

No estudiaremos tales consecuencias sino en el próximo capítulo, porque antes de entrar de lleno en la cuestión, nos ha parecido conveniente estudiar el poder absoluto en términos generales, para después aplicar á nuestra situación las deducciones que resulten de nuestro estudio

Origen del poder absoluto.

El régimen del poder absoluto, consiste en el dominio de un solo hombre, sin más ley que su voluntad, sin más límites que los impuestos por su conciencia, su interés, ó la resistencia que encuentre en sus gobernados. Tiene su origen en la vida patriarcal: las primeras sociedades no eran sino grandes familias que reconocían como jefe al anciano más venerable.

Más tarde, las necesidades de la vida obligaron á varias familias á unirse para formar un núcleo más poderoso, á fin de mejor defenderse contra los enemigos de todas clases que atacaban á los primeros pobladores de la tierra, y formaron tribus que vivían en constante guerra con las vecinas, pues no existiendo en aquella época ninguna noción de derecho, cada uno consideraba como su propiedad lo que estaba al alcance de su mano, y en las comarcas fértiles, donde se había aglomerado más la población, las mismas riquezas estaban al alcance de varias tribus, que se las disputaban haciendo uso del único derecho conocido: la fuerza.

Vida tan azarosa hizo adoptar á las tribus una organización guerrera, y nombraban como jefes de ellas, no ya al más anciano ó venerable, sino al más valeroso y guerrero, á fin de que, con su fuerte brazo, pudiera sacarlas victoriosas de las frecuentes luchas con sus vecinos.

A medida que se ha ido civilizando el mundo, esas tribus se han hecho cada vez más numerosas, ya por medio de alianzas, ó bien por conquistas.

En los primeros tiempos, cada vez que fallecía el jefe de la tribu, se nombraba otro por elección; pero cuando las tribus aisladas llegaron á agruparse en naciones, ya no era posible dicha elección y se estableció el poder absoluto hereditario, sujeto siempre á uno que otro cambio cuando se hacían insufribles los príncipes; entonces subía al gobierno otra dinastía.

En nuestros tiempos sólo subsiste legalmente el poder absoluto en China y en algunos países de Asia y Africa; pues-

to que en Europa ya ningún país está regido por ese sistema; aun los países clásicos del despotismo, Rusia y Turquía, se rigen ya por el sistema parlamentario.

Situación equívoca de algunos gobiernos latinoamericanos.

Este último sistema en su más amplia acepción, constituye el régimen republicano y es el único que por derecho rige en América, y aunque en los países más atrasados no existe aún de hecho, no puede ser muy duradera situación tan anormal, puesto que estando consignados en sus respectivas constituciones los principios democráticos, tendrán que imponerse en un plazo más ó menos próximo.

Como en estos países están tan arraigadas las formas republicanas los gobernantes que llegan á imponerse, para regirlos autocráticamente, se ven obligados á respetar la forma, so pena de ver á la nación entera levantarse contra ellos.

De esta circunstancia resulta un caso bastante curioso: aparentemente hay elecciones, las cámaras están integradas por representantes del pueblo, los Estados (en los pueblos en donde rige el sistema federal) conservan su soberanía y los ayuntamientos su independencia, siendo que en realidad, sólo existe el poder absoluto de un hombre, gobernando sin más ley que su voluntad y oprimiendo al pueblo sin otros límites que su conciencia, su interés ó la resistencia que encuentra en el mismo pueblo.

Aparentando que se respeta la Constitución, se adoptan oficialmente todas las fórmulas republicanas: los funcionarios protestan solemnemente cumplir la ley; todos sus actos sujetanse á los trámites legales; resultando de esto un lenguaje convencional, hipócrita, que falsea todo y en el cual nadie cree, aunque todos aparentan lo contrario por el terror que infunde el poder absoluto y porque toda la Nación se acostumbra al disimulo. Los periodistas que llaman á las cosas por su nombre y que intentan quitar la máscara

á esos hipócritas, se les persigue encarnizadamente; pero eso sí, se les castiga conforme á la ley, aunque para ello sea necesario dar tormento á los códigos.

Por estas razones es tan erróneo el juicio en el extranjero y aun en el mismo país donde pasa tal cosa, pues mientras unos afirman que hay libertad, otros lo niegan; y como éstos últimos son los menos, y para hacerlo deben ser muy prudentes, resulta que poco á poco se va falseando hasta la opinión pública, tan perspicaz en los pueblos libres en donde es iluminada por los genios de la tribuna y de la pluma.

Lo que debe entenderse por poder absoluto.

Para vencer esa dificultad y contestar á todos los sofismas de los defensores del poder absoluto, encontramos una regla segura en las enérgicas palabras de Montesquieu, escritor profundo y sagaz cuyos luminosos escritos contribuyeron á preparar los ánimos para la gran revolución de 93.

«Lo que se llama unión en un cuerpo político, es algo muy engañoso: la verdadera unión es una armonía, cuyas partes, por más discordes que parezcan, concurren al bien general de la sociedad, como las asonancias en la música, concurren al acorde total. Puede existir unión en un Estado donde en apariencia existen perturbaciones, es decir, una armonía de donde resulta la felicidad, que es la paz verdadera. Sucede lo que en las diferentes partes del universo, eternamente ligadas por la acción y la reacción de unas con otras.

«Pero en todo acuerdo del despotismo asiático, es decir, de todo gobierno que no es moderado, siempre existe una división real: el labrador, el guerrero, el negociante, el magistrado, el noble, están unidos sólo porque los unos oprimen á los otros sin resistencia; no es el acuerdo de ciudadanos que están unidos, sino el orden silencioso de los cadáveres enterrados unos cerca de otros.»

En otra parte estampa el mismo escritor esta frase lacónica y vigorosa: «en esta clase de gobierno, EL HOMBRE ES

UNA CRIATURA QUE OBEDECE Á UNA CRIATURA QUE QUIERE.»

Por consiguiente, las mejores pruebas de que un pueblo está gobernado por un poder absoluto, son á saber: que no hay nunca oposición ostensible, que no existen partidos políticos, que la prensa independiente apenas vive y es muy tímida, y por último, la más concluyente de todas, es que los funcionarios públicos resultan siempre electos por unanimidad de votos, y con la misma unanimidad las cámaras aprueban los actos del gobierno.

Verdad tan palmaria, no necesita demostrarse; cualquiera que haya estudiado algo de historia ó esté al tanto de la política europea contemporánea, podrá convencerse de que los países mejor gobernados, donde hay más libertad y el progreso es más patente, son aquellos donde existen poderosos partidos políticos que hacen oposición á los actos del gobierno cuando no están de acuerdo con sus ideales.

Francia, en la actualidad uno de los países mas democráticos del mundo, al frente de cuyos destinos se encuentra el eminente patriota y estadista Clemenceau, cuenta en las cámaras con un formidable partido de oposición que frecuentemente determina cambios ministeriales; el actual Gabinete sólo se ha sostenido porque ha sabido llevar con acierto las riendas del gobierno en circunstancias verdaderamente peligrosas, respondiendo de este modo á las más altas aspiraciones de la República.

En los Estados Unidos cada cuatro años se presencian las gigantescas luchas electorales entre los dos grandes partidos que dividen la opinión: el demócrata y el republicano.

En Inglaterra, primer país donde encontró refugio la libertad después de su destierro de Roma, existen dos poderosos partidos políticos: el Tory y el Whig; éstos se alternan en el poder cuando el que está al frente de los destinos de tan vasto Imperio no satisface las aspiraciones nacionales reflejadas en el voto del Parlamento.

En España, nuestra madre patria, cuyas virtudes y defectos forman la base de nuestro carácter, también están en

constante lucha el partido liberal y el conservador, alternándose en el poder lo mismo que en Inglaterra, Francia, Italia y demás países donde rige el parlamentarismo, cada vez que el partido comete faltas que lo desprestigian ante la opinión pública, todopoderosa en aquellos países.

El poder absoluto en la antigüedad. El régimen del poder absoluto ha existido desde los tiempos más remotos y ha sido causa de las mayores desgracias sufridas por la humanidad, porque los príncipes y reyes ambiciosos promovían constantes guerras para aumentar sus dominios; guerras de las que no siempre resultaban victoriosos; pero en las cuales sucumbían millares de súbditos.

Esas guerras casi nunca tenían otro fin que el de ensanchar los dominios de los príncipes para satisfacer su vanidad ó su codicia, y encender odios implacables entre los pueblos vecinos; odios hábilmente fomentados por sus príncipes para arrastrarlos á la guerra, de tal manera, que los pueblos llegaban á participar de sus pasiones.

Como la grandeza de esos pueblos dependía del talento militar de sus príncipes, resultaba que cuando éstos fallecían, si sus hijos no heredaban su talento militar ó algunas otras virtudes que lo reemplazaran, muy pronto se veían despojados de las conquistas del padre, y frecuentemente su país era desmembrado, cuando no sometido al yugo de sus enemigos victoriosos.

El poder absoluto en Egipto La influencia del poder absoluto siempre ha sido funesta para los pueblos: así nos enseña la historia que Egipto debió su grandeza y llegó á un alto grado de civilización, mientras el gobierno de los Faraones estuvo contrabalanceado y dirigido por la casta sacerdotal, en aquella época seleccionada por medio de pruebas tremendas; mientras que, cuando esta casta perdió su influencia, los reyes dieron rienda suelta á sus pasiones, se dedicaron á construir los monumentos más grandes é inú-

tiles que conoce la humanidad, sacrificando miles de esclavos en la elevación de las pirámides que debían servirles de mausoleo.

Servidumbre tan prolongada apagó en el pueblo egipcio todo sentimiento de dignidad nacional, y desde entonces lo hemos visto aceptar el yugo de sus diferentes conquistadores con la misma impasibilidad; pero no es el estoicismo de las almas bien templadas, á quienes no arredran los más grandes obstáculos para la conquista de su libertad ó de los ideales que persiguen; sino la impasibilidad de las bestias de carga, para quienes es indiferente el arriero que las ha de dirigir; lo único que desean es la ligereza de la carga. Por tal motivo, ese pueblo es ahora feliz bajo la dominación inglesa; porque el gran tacto de Inglaterra ha consistido en hacer que los pueblos, bajo su dominio, sufran lo menos posible el peso de su carga y la afrenta de su yugo.

El poder absoluto en Asia. Igual suerte han sufrido casi todos los pueblos de Asia, el Continente clásico de la tiranía, del poder absoluto, de los imperios brillantes y poderosos, pero carcomidos en su base; con sus monarcas cargados de pedrerías y disfrutando de todas las magnificencias de Oriente, mientras sus súbditos arrastran una vida miserable.

La historia, al hablarnos de la grandeza de aquellos imperios, se ocupa principalmente en descripciones del fausto, del lujo inmoderado, de la magnificencia que desplegaban los emperadores en su corte y de la tiranía tan hábil que ejercían sobre sus pueblos. Algunas veces, cuando los príncipes tenían grandes talentos militares, con sus inmensas riquezas y tantos millares de súbditos diligentes en obedecer las órdenes de su amo, organizaron ejércitos poderosos que fueron el azoté de la tierra, como los de Tamerlán, Atila y tantos otros grandes conquistadores, cuya obra fué tan efímera como sangrienta.

Sin embargo, esos hechos de armas, brillantes, y aquel fausto de los reyes, se destacan lúgubrementemente en la noche

tenebrosa de la tiranía oriental, bajo la que gimen con resignación musulmana millares de súbditos, en la tétrica obscuridad de la ignorancia.

El único fruto conocido de ese régimen de gobierno en aquellos pueblos, allí lo tenemos: el Egipto y la India dominados por un puñado de europeos; el vasto imperio de la China ansiando, sin lograrlo aún, despertar y sacudir la tiranía que lo tiene inmovilizado, petrificado en la civilización que obtuvo allá, en la noche de los tiempos, en los cuales quizás fué gobernado más liberalmente; Turquía y Persia teniendo vida independiente gracias á las necesidades del equilibrio europeo, que ha puesto un freno á la ambición de las potencias. En estos países también se han notado últimamente las convulsiones de un pueblo que despierta; pero es debido á la fuerza irresistible del progreso, de la civilización moderna que todo lo invade.

El único imperio asiático que se ha sustraído aparentemente á tales consecuencias, es el japonés; pero la verdad es que ese pueblo, rodeado en todas partes por el mar, fué más accesible á la civilización europea y le tocó la fortuna de que el actual Mikado quiso dar libertades á su pueblo, como el mejor medio de promover su progreso, y el resultado obtenido por magnanimidad tan rara, ha sorprendido al mundo. En cuarenta años de administración democrática, regulada por el méritísimo prestigio de su fundador, del mismo Mikado, ha hecho de un pueblo semisalvaje uno de los más avanzados de la tierra, no tanto por la fuerza irresistible de sus ejércitos, sino por el desarrollo intelectual y moral de que hablan los viajeros.

El Japón presenta un ejemplo notable sobre la influencia eminentemente regeneradora de la democracia.

El poder absoluto y la democracia en la Europa antigua.

Pasando ahora á Europa, vemos los efectos del poder absoluto en toda su vasta extensión, hasta que los primeros albores

de la libertad vinieron á iluminar el mundo en las costas helénicas.

La fuerza de ésta fué tal, que de un pueblo pequeño por su superficie, hizo uno de los pueblos más grandes de la tierra.

Pero á Grecia le pasó lo que á todas las repúblicas antiguas cuando se extendían considerablemente, y es que no pudo subsistir como tal, pues sus leyes estaban hechas para formar un gran pueblo y no para gobernarlo (observación de Montesquieu), resultando de esto que cuando llegó á un alto grado de poder y riqueza y que su territorio había aumentado considerablemente por medio de la conquista, volvió á caer en manos del despotismo, y vino Alejandro el Grande, aprovechando todos los elementos acumulados por la fuerza de la democracia, y asombró al mundo con sus épicas glorias, fundando el más grande imperio de la tierra, pero cuya grandeza no le impidió desmembrarse á la muerte de su fundador.

Sin embargo, las ideas democráticas estaban tan arraigadas en Grecia, que después de esta corta epopeya militar, siguió dividida en muchas repúblicas, hasta caer bajo el yugo romano.

La semilla de libertad que tan opimos frutos había dado en Grecia, fué llevada por las olas del mar á las playas itálicas, en donde floreció pujante y vigorosa, dando nacimiento á la República Romana, la cual, debido á la fuerza de sus principios, á la pureza de sus costumbres republicanas y á la dignidad de que se sentía investido todo ciudadano, llegó á tal poderío, que conquistó todo el mundo civilizado, hasta doblegarse bajo el peso de su misma grandeza, y sufrió la misma suerte de Grecia; pero las consecuencias fueron más funestas, porque Roma en todo supo ser grande, hasta en su caída.

Las fuerzas acumuladas lentamente por la democracia romana, fueron aprovechadas por César, quien se cubrió de gloria con los elementos que la república puso en sus ma-

nos para conquistar las Galias. Una vez terminada esta conquista y á la cabeza de sus victoriosas legiones, fué á conquistar á la misma Roma, á imponerle su voluntad, arrancarle sus libertades y establecer los cimientos del despotismo que tan hábilmente sabría consolidar Augusto.

El gran imperio romano no supo subsistir en manos del poder absoluto; principió por desmembrarse como vasto organismo carcomido por la gangrena. A eso se debió la ruina de Roma y no á las invasiones de los bárbaros.

Lo único que éstos hicieron, fué pasar casi sin resistencia las fronteras del imperio romano y establecerse en su corazón como en país conquistado, fundiéndose muy pronto con los pueblos que lo habitaban. La amalgama por acción mutua de esas dos razas, de costumbres, leyes y religiones tan diversas, dió origen á la sociedad de la Edad Media, durante la cual tuvo una gran recrudescencia el régimen del poder absoluto, que trajo sobre Europa una de las noches más sombrías y trágicas.

Pero el árbol de la libertad, que otras veces había florecido en Roma, dejó abundante semilla conservada cuidadosamente en el granero de la historia, á donde irían á buscarla para alimentar su inteligencia los espíritus selectos, los amantes de la libertad, quienes encontrarían en aquellos hechos heroicos alimento para su alma y fuerza necesaria para destrozarse las cadenas de la tiranía.

Reflexiones sobre el poder absoluto.

Por esta breve reseña histórica comprenderemos que los efectos invariables del absolutismo han sido sumir á los pueblos en la obscura noche de la ignorancia y del fanatismo, haciéndoles perder la noción de su dignidad y olvidar el amor patrio. En efecto, ¿qué amor puede tener á su patria un hombre sin ninguna libertad, víctima de la más odiosa tiranía, no considerándose dueño de nada, pues que hasta los seres más queridos le son arrebatados para poblar los palacios de concubinas y los ejércitos de soldados; no teniendo ni un pedazo de tierra que amar,

porque la única regada con su sudor, en vez de ser para él la madre solícita que le alimenta, abriga y hace feliz, no es sino la madrastra ingrata que le hace trabajar sin descanso y apenas le da alimento necesario para no sucumbir de hambre? Sin más ejemplos que los corrompidos de sus príncipes; sin otro alimento para su espíritu que el amarguísimo de verse siempre víctima de la fuerza bruta, y siempre á su vista el premio al éxito y á la fuerza. Los pueblos en estas condiciones, consideran á la fuerza como una divinidad á la cual rinden culto, venga de donde viniere; por eso vemos á los pueblos sujetos al poder absoluto no importarles sufrir yugo extraño, mientras que los pueblos libres defienden su libertad como el dón más precioso, pues con ella está vinculada la propiedad del terreno, el amor á la familia, la satisfacción que encuentran las más nobles ambiciones dentro de una República, puesto que todos pueden aspirar á las más altas dignidades.

El ejemplo más notable de lo anterior, se encuentra en Roma, vencida en las más grandes batallas por Aníbal, abandonada por casi toda Italia, que volvió sus armas contra ella, y con los ejércitos victoriosos de su poderoso enemigo á las puertas de la ciudad, luchando con entereza y energía, hasta vencer definitivamente á su formidable adversario. Antes de esa guerra, cuya magnitud resonó en el mundo entero, se había visto Roma amenazada de grandes peligros; la población llegó á estar en manos de los galos, y los romanos no eran ya dueños sino del Capitolio. Sin embargo, sus hijos nunca la abandonaron; preferían morir á ser esclavos. Muchos murieron en efecto, dando admirables ejemplos de heroísmo, como los ancianos senadores, que no quisieron abandonar la ciudad, y revestidos de sus altas insignias, esperaron en las puertas de sus casas una muerte segura, pero gloriosa; mientras que los más, enardecidos por ejemplo tan sublime, vivieron para salvar á su patria amada y con ella su libertad.

En cambio, esa gran nación abdicó de su libertad en

manos de sus audaces guerreros; que establecieron el poder absoluto; el pueblo perdió sus propiedades territoriales, que ensancharon los dominios de los magnates, vió como le arrancaban á sus hijos, que iban á morir en lejanas tierras, sus hijas á perder la honra en las suntuosas mansiones de los agraciados de la fortuna. Su libertad la perdió poco á poco; ya no fué el mérito el factor necesario para ocupar puestos públicos, sino el servilismo, la adulación, la baja-za; el que no adulaba no medraba, el que no se arrastraba no subía; era preciso imitar al vil gusano para elevarse por las antesalas de palacio, en vez del vuelo majestuoso del águila, porque ella hubiera presentado un blanco infalible para las certeras flechas de la tiranía.

Resultado: el poder fué á dar á las manos más viles; el pueblo se degradó, se entregó al vicio, imitando á las clases directoras, y al invadir unas cuantas tribus de bárbaros el imperio romano, encontraron al pueblo sin deseos de defenderse, pues para él lo mismo era sufrir el yugo propio que el extraño. En cuanto á sus emperadores, degenerados por la corruptora influencia del poder, tampoco tuvieron energía para luchar; sólo intentaron detener la invasión corrompiendo á los jefes de las tribus invasoras, mandándoles presentes valiosos, pagándoles tributos que no hacían sino fortalecer al enemigo y no consiguieron con esos paliativos humillantes, sino retardar por unos cuantos años la ruina del imperio.

En compensación á tanto mal, los emperadores dejaron obras materiales de gran magnificencia, que sólo sirvieron para dar más esplendor á sus imperios y ocultar mejor el cáncer que lentamente invadía su organismo.

Esas mejoras materiales, esos palacios, esos monumentos de la tiranía, construídos con sudor y sangre, sólo sirvieron para avivar la codicia del invasor; de ninguna manera para contener su marcha.

Haciendo balance al régimen del poder absoluto, vemos que ha sido la causa de todos los males de la humanidad;

que en los pueblos donde se ha arraigado más hondamente, ha llegado á matar toda dignidad, todo patriotismo, y causado la ruina de los más grandes imperios.

En cambio, en cualquier parte donde llega á germinar la libertad, los pueblos alcanzan gran desarrollo y un nivel muy superior al de los pueblos esclavos.

También hemos observado que las Repúblicas no han podido subsistir cuando han sido demasiado grandes, pues como muy bien dice Montesquieu: «Indudablemente las leyes de Roma llegaron á ser impotentes para gobernar á la República; pero es una cosa bien observada: las leyes buenas, cuando han determinado que una República pequeña se haga grande, han constituido para ella una carga cuando se ha engrandecido, porque eran de tal naturaleza, que su efecto era hacer un gran pueblo; pero no gobernarlo.» Lo cual demuestra que las Repúblicas deben contentarse con su territorio y no alimentar otro ideal que la conservación de su libertad. El único modo como pueden existir las grandes Repúblicas, nos lo han demostrado nuestros vecinos del Norte, con su magnífico sistema federal, pues con ese sistema es más difícil que el poder llegue á ser absorbido por uno solo, cosa que ha sucedido con frecuencia en varias Repúblicas, como Francia, en donde Napoleón III implantó el poder absoluto y en algunas de las Latinoamericanas, en donde sólo existe el sistema federal en la forma, estando en realidad gobernadas por dictaduras militares.

Sin embargo, el poder absoluto ha existido de toda antigüedad, porque es el patrimonio de los pueblos atrasados é ignorantes, cuya imaginación no es impresionada sino por las hazañas de sus monarcas, que los deslumbran con su brillo. Además, ignorando la historia, ignoran también los altos hechos de sus antepasados, de los grandes hombres de la humanidad, y desconocen las fuerzas que un pueblo libre puede desarrollar.

Por este motivo, la instrucción y la escuela son los ma-

yores enemigos del despotismo; los más firmes apoyos de la democracia.

El poder absoluto y la democracia en los tiempos modernos.

En el curso de este trabajo hemos encontrado algunos casos en donde ha podido comprobarse la influencia nefasta del poder absoluto en las naciones modernas; pero en este punto será conveniente investigar más profundamente los hechos, para demostrar de un modo más concluyente la influencia del poder absoluto en las grandes calamidades que han azotado á la humanidad, y veremos á la vez cómo en muchos casos el régimen democrático ha evitado serias conflagraciones.

La guerra rusojaponesa se debió á la ambición, no tanto del Zar, sino de los grandes duques, cuya fatuidad les impidió ver el peligro que corrían, pues no apreciaron debidamente las fuerzas enemigas; y con su pereza, no prepararon las suyas, pues se ocupaban más en sus placeres que en los negocios públicos, y cuando lo hacían era tan sólo por medio de bravatas que no hicieron sino empujarlos al precipicio.

Rusia no estaba preparada para la guerra, porque la administración se veía en manos ineptas y libertinas, pues en una autocracia sólo ascienden á los puestos públicos los que saben adular al autócrata, porque los hombres dignos, que tienen ideas firmes y principios rectos, no pueden doblegarse ante un ser en muchos casos inferior á ellos, y éste, aun menos tolerará que haya á su alrededor hombres que valgan más.

Esto nos explica las grandes faltas cometidas por la administración rusa y la inmoralidad en las altas esferas del gobierno, al grado de que alguno de los grandes duques fué acusado por haber sustraído los fondos destinados á la curación de los heridos.

Tales abusos casi no se conocían y no era posible remediarlos, pues si la prensa independiente los denunciaba.

era perseguida sin piedad, y el Zar no podía saber lo que pasaba en su vasto imperio, contentándose con lo que le decían sus consejeros que, según hemos visto, no podían ser hombres de carácter y principios. Así es como ocupan esos puestos los que tienen más *esprit* y saben mejor halagar las pasiones del soberano.

Esto en cuanto á los preparativos de la guerra. Una vez que hubo estallado, se vió lo inferior que era la oficialidad rusa comparada con la japonesa, pues aquélla, compuesta en general de nobles, valientes, es cierto, pero cuyo valor fué estéril por lo ostentoso y sobre todo, por la falta de conocimientos y de disciplina, pues así como el Soberano sólo admite á su lado quienes lo adulan, asimismo el general sólo confiere ascensos á los que mejor saben atraerse sus simpatías, resultando no el mérito, sino el favoritismo, el principal factor en los ascensos.

Llegando por último al soldado, ignorante, arrancado de su hogar contra su voluntad para defender una causa que no le simpatizaba, pues para esos desheredados de la fortuna poco importaba que el imperio moscovita llegara hasta los Montes Urales ó hasta el mar Amarillo, si á ellos no habían de aprovechar esas conquistas, que sólo servirían para enriquecer á sus amos, á quienes odiaban cordialmente, pues más los conocían por el peso de su fuste, y la herida de su látigo, que por la largueza de su mano ó por la magnificencia de su corazón.

Esos soldados, peleando contra su voluntad en defensa de un amo á quien odiaban, y para conquistar países que les eran desconocidos, llevados al combate por oficiales despotas, presuntuosos é ignorantes, no sabrían resistir al empuje de los japoneses, que conscientemente defendían su vida como nación; sabían que los terrenos conquistados eran para ellos; amaban con fanatismo á su Mikado, á quien debían su libertad y eran llevados al combate por una oficialidad austera, valerosa hasta la temeridad, sin ostentación, instruida, disciplinada, que debía sus puestos al mérito, único

medio de seleccionar la oficialidad y los funcionarios públicos en los países democráticos.

Además, los japoneses estaban perfectamente preparados para la guerra; su servicio administrativo era admirable por el orden y la honradez; pero también en Japón existe la libertad de imprenta, que denuncia las faltas de los funcionarios, y una democracia bien organizada que descansa en poderosos partidos políticos.

Este ejemplo es por demás instructivo, y nos revela como un coloso de la talla de Rusia, debilitado por el absolutismo, no puede resistir el empuje de un pueblo pequeño, fortalecido por las prácticas democráticas.

Remontándonos más allá en la historia, encontramos que Francia después de su grandiosa revolución, contaba con el apoyo tan decidido de todos sus hijos, que siempre fué invencible, y las coaliciones de toda la Europa reunida no pudieron hacerle mella, mientras la libertad movió con su soberano impulso á todo el pueblo francés.

En cambio, una vez que ese heroico pueblo perdió su libertad bajo el yugo de Napoleón, vió con indiferencia profanar el suelo patrio por los invasores extranjeros, y ya no opuso ninguna resistencia á la desmembración de su territorio.

Napoleón quiso que la patria fuera él, y se equivocó; su decepción fué tremenda al ver que tan pronto como la fortuna dejó de favorecerle, todos lo abandonaron: lo abandonó el pueblo francés á quien él había oprimido, y lo abandonaron los mariscales y funcionarios á quienes él había elevado.

En este caso es donde mejor se comprueban las funestas consecuencias del poder absoluto, pues Napoleón no sólo era un genio en la guerra, sino también en la administración; poseía una actividad incansable, un golpe de vista asombroso, y llevaba con tal orden los asuntos públicos, que todo se movía con precisión matemática; contaba con ejércitos los más numerosos y aguerridos del mundo; con riquezas inagotables para prepararse á la guerra, y por úl-

timo, tenía subyugada á casi toda Europa. Sin embargo, su grandeza fué efímera, pues su ambición personal lo llevó á guerras desastrosas para Francia, y cuando más necesitaba de la ayuda de los franceses para defender la integridad del territorio nacional, éstos no respondieron á su llamado, pues á su general sólo lo obedecían cuando tenía fuerza suficiente para hacerse respetar, y tan pronto como la fortuna principió á serle adversa, le faltó tal fuerza; mientras que al llamamiento de la patria siempre respondían, porque con ella estaban vinculadas sus instituciones y su libertad.

Si Napoleón en vez de coronarse se contenta con el consulado vitalicio, habría cubierto á Europa de consulados semejantes al francés, la libertad habría echado más hondas raíces en Europa y la grandeza de Francia habría sido más duradera.

En cambio, Napoleón dejó obras materiales que aun se admiran en todo el territorio francés; abrió caminos magníficos, cavó canales importantísimos; pero las obras de esta naturaleza, son el recuerdo que dejan siempre los déspotas.

La obra más duradera de Napoleón fué su admirable código de leyes, que rige en casi todo el mundo civilizado. ¡Siempre los productos del pensamiento sereno del escritor, son más duraderos que los hechos de armas del impetuoso guerrero!

La catástrofe epílogo de la epopeya napoleónica, provino de la debilidad del sistema del absolutismo, porque no puede achacarse ni á corrupción administrativa, ni á ineptitud de los jefes, ni á falta de valor de los soldados, pues los que permanecieron fieles á las banderas imperiales pelearon con valor admirable hasta el último momento.

Si de esta catástrofe pasamos á la de 1870, encontramos con que á pesar de no tener Napoleón el pequeño los tamaños de su tío, logró imponer un gobierno absoluto, pero no supo impedir la gran corrupción administrativa, y á Francia le pasó con Alemania lo que á Rusia con el Japón: que

en el momento de declarar la guerra no estaba preparada, á pesar de la presuntuosa afirmación del ministro de guerra de Napoleón, que «no faltaba ni un botón en el uniforme de los soldados.» Los Jefes, seleccionados por el favoritismo, eran ineptos, como se demostró por las increíbles torpezas cometidas. Los soldados, sin confianza en sus jefes, viéndose engañados por el lenguaje oficial lleno de falsos convencionalismos, no hallaban á quien creer, se desmoralizaron, y apenas lograron salvar el honor de Francia, ya que no su integridad, muriendo con gran heroísmo cuando llegaron á encontrarse frente á un enemigo de quien sus jefes les hacían casi siempre huir y con quien ellos deseaban ardientemente medirse, pues muy pronto comprendieron que no debían ya esperar nada de su inepto emperador, y la conciencia de su responsabilidad para con la patria, desde el momento en que habían sacudido el yugo de la tiranía, les daba alientos para salvar lo único posible en aquellas circunstancias: el honor, y notemos que el honor no por ser un bien abstracto deja de tener menos influencia sobre los pueblos, pues siempre les presentará imágenes vivas del heroísmo de sus antepasados, y en las grandes crisis inspirará las abnegaciones sublimes, los grandes hechos que salvan frecuentemente á las naciones.

De un modo clarísimo hemos podido apreciar los efectos del poder absoluto bajo todas sus formas. El Zar, rodeado del inmenso prestigio de sus antepasados, sostenido por seculares intereses creados á su sombra, y apoyado en la ignorancia de sus subditos, deja indolentemente las riendas del gobierno en manos de los favoritos, que llevan su imperio á una aventura desastrosa en la cual escapó de naufragar hasta su misma corona, pues las grandes catástrofes despiertan á los pueblos, que reaccionan vigorosamente contra el causante de sus desgracias.

El gran Napoleón, arrastrando con irresistible atractivo á toda Francia á las empresas más gloriosas; deslumbrando á todos con sus hazañas, se siente embriagado por la vic-

toria é impele á su patria al desastre, para caer con ella en el abismo á donde lo empujó su ambición.

Napoleón el pequeño no tenía otro motivo para fascinar al pueblo francés, que el glorioso nombre de su tío, y quiso deslumbrarlo con el brillo de su corte, la construcción de magníficos palacios, la apertura de espléndidas avenidas y el ruido de guerras lejanas; pero no lo logró por completo, pues la libertad había echado hondas raíces en Francia y se alzaba vigoroso el acento de los republicanos, el del gran proscrito de la Isla Jersey, que al dirigirse al pueblo francés lo estremecía con el canto robusto que entonaba á la libertad, con los solemnes anatemas que lanzaba á la tiranía.

Por este motivo Napoleón, sintiendo su corona vacilar, se resolvió á promover la guerra contra Alemania, con la esperanza de vencerla y afianzar su trono. Ya hemos visto cuan infundadas eran esas esperanzas; pero á los déspotas les preocupa más consolidar su poder que salvar á la patria.

* * *

Pasando ahora á la política contemporánea, podemos observar como treinta y seis años de sistema democrático han levantado á Francia á una altura envidiable entre las naciones europeas, pues con la sabia y prudente política republicana, ha rehuido toda aventura peligrosa y se ha dedicado á reconstruirse interiormente, logrando un desarrollo portentoso de su riqueza; y con su política tan prudente, hábil y patriótica, ha logrado atraerse las simpatías de toda Europa, al grado de haber concertado una *entente* formidable, que deja enteramente aislada á Alemania, su poderosa rival.

Pero estudiemos casos especiales en que podremos mejor apreciar las ventajas de la democracia.

Exploradores franceses abordaron á un villorrio del centro de África, Fashoda, y plantaron la bandera francesa.

Inglaterra pretendió que ese villorrio estaba dentro de los límites de su influencia, de donde se originó una controversia que llegó á exaltar á tal grado la opinión pública en ambas naciones, que la guerra estuvo á punto de estallar. Pero ambos países cuentan con instituciones democráticas, y los ministros que gobiernan no tenían la indolencia ni la debilidad del Zar de Rusia, ni el orgullo del gran Napoleón, ni necesitaban consolidar una corona como el pequeño; mientras que sí tenían un gran amor á la patria, y no la querían comprometer en aventuras peligrosas; además, para esos ministros eran perceptibles los temores de las madres, las esposas y las hijas que no querían perder á sus hijos, esposos y padres por una ridícula cuestión de honor mal entendido. Si la opinión popular estaba acalorada y con su ímpetu acostumbrado se preparaba á la guerra, la voz de los prudentes que la guían, se hizo oír y prevaleció en ambos Gabinetes, y la cuestión quedó arreglada de un modo tan satisfactorio, que desde entonces empezaron á estrecharse las relaciones de los dos países para preparar su *entente*.

Posteriormente surgió otra dificultad que estuvo á punto de precipitar á Europa en una conflagración espantosa.

Un soberano casi absoluto y bien conocido por lo impetuoso de su carácter, por cuestiones de amor propio promovió serias dificultades á Francia, poniendo como pretexto la influencia que esta última tenía sobre Marruecos.

La guerra hubiera estallado en toda Europa si no hubiera sido por la fuerza de las instituciones democráticas que rigen á Francia, pues cuando se vió que la imprudencia ó temeridad de un ministro podía precipitar la guerra, se le hizo renunciar su cartera á pesar de los brillantes servicios que había prestado; pero se prefirió sacrificar á un hombre, por más méritos que tuviera, antes que lanzarse en tan peligrosa aventura. Una vez que la República hizo tan gran sacrificio, y gracias á la política tan hábil y prudente de sus sucesores, apoyada por las simpatías de todos los pue-

blos de Europa, logró arreglar la cuestión de un modo pacífico y honroso.

La democracia salió triunfante y prestigiada de esa aventura, mientras que el absolutismo se puso en ridículo y evidenció su flaqueza; y eso que el pueblo alemán es muy sereno, reposado y cuerdo; pero no era el pueblo quien deseaba una guerra que tanta sangre le costaría aun en el caso de salir airoso, sino el soberano, que cegado por su orgullo é impulsado por su desmedida ambición, quería extender aun más sus dominios.

Al fin logró conmover tan profundamente la opinión pública en su vasto imperio, que se ha visto obligado á sacrificar parte de su poder absoluto en aras de la democracia. En lo sucesivo, Alemania representará en el mundo el gran papel á que está llamada, y dejará de ser la amenaza constante de la paz europea.

*
* *

En resumen, podemos afirmar que los países en donde existe el poder absoluto, como Rusia y Turquía, (apenas en los últimos años han cambiado de régimen,) á pesar de estar en Europa, en contacto con las naciones más civilizadas del mundo y de haber sido la última cuna, de la antigua civilización, han permanecido indiferentes al progreso moderno, y petrificados en sus antiguas civilizaciones, progresando muy lentamente; mientras que en los países libres, el progreso ha sido portentoso y les alcanza por más lejos que se encuentren de los centros de cultura.

No citaré el ejemplo de nuestra vecina del Norte, porque ella debió su nacimiento á la emigración de hombres libres que se asfixiaban en la atmósfera de intolerancia y despotismo de su patria, y con tales ideas, tenían que constituir una democracia tan poderosa, que serviría de ejemplo al mundo; pero sí citaré la mayoría de las repúblicas hispano-americanas, que á pesar de su agitada vida política, des-

de que son independientes han dado pasos agigantados en la vía del progreso, pues el nivel intelectual y moral de esos pueblos es muy superior al de Rusia, Turquía y demás países, en donde aún impera el absolutismo.

Otro ejemplo del maravilloso poder creador de la libertad, se encuentra en el surgimiento del Japón á la vida de las naciones civilizadas, entre las cuales ha llegado á ocupar lugar importante después de 40 años de prácticas democráticas.

Este asunto tan interesante, necesitaría varios volúmenes para desarrollarse debidamente; pero para el objeto que perseguimos en el presente libro, quizás hasta nos hayamos extendido demasiado.

Comentarios sobre el poder absoluto.

Sin embargo, antes de terminar, será conveniente exponer en concreto cuales son las causas determinantes para que el poder absoluto sea el mayor azote de la humanidad, no obstante que en muchos casos quienes lo ejercen son hombres verdaderamente notables y bien intencionados.

Las razones son las siguientes:

Para que el poder absoluto exista, es necesario suprimir la libertad y que los pensadores permanezcan silenciosos sobre el resultado de sus meditaciones.

La consecuencia de esto es que las faltas de los gobernantes pasan inadvertidas y si se notan, nadie puede hablar de ellas, porque todos comprenden que son irremediables; faltas que, al repetirse con frecuencia, llegan á constituir el régimen normal, á nadie extrañan, y por último, la multitud se acostumbra y amolda su criterio y su carácter al medio en donde se desarrolla. De esto se sigue que el lenguaje convencional y falso empleado en las esferas oficiales, llega á ser el corriente en toda una nación. Los que hablan la verdad, son considerados por el público como desequilibrados, y por el gobierno como conspiradores.

La inmensa mayoría de la humanidad no tiene un senti-

miento tan afinado para conmoverse con los grandes acontecimientos; para indignarse con los atentados más inicuos; para armarse con patriótico ardor á fin de volar á la defensa de la patria cuando está en peligro; para revestirse del estoicismo necesario y defender derechos, cuya importancia no puede apreciar. Pero habla un pensador de los que sienten hondo y claro, y trasmite á las multitudes por medio de sus vibrantes escritos el verbo de su indignación, de su entusiasmo, de su patriotismo, las electriza con su palabra, les infunde ese sentimiento que le ha hecho vibrar tan poderosamente, les arrastra á los grandes destinos, les hace acometer las empresas más temerarias, y arrostrar con la sonrisa en los labios aun el mismo fuego de la metralla.

Por eso cuando los escritores independientes que alienan nobles pasiones no pueden publicar sus pensamientos, los pueblos no se dan cuenta de la importancia de los acontecimientos, permanecen en una impassibilidad que llega á ser criminal, puesto que no logran conmoverlos las desdichas más grandes ni los más inicuos atentados contra sus hermanos.

En esos pueblos llegan á atrofiarse á tal grado los sentimientos nobles, que ni viendo á su patria en el peligro, salen de su impassibilidad.

Otro orden de circunstancias que influye poderosamente para hacer el nefasto absolutismo en los pueblos que lo toleran, es que los soberanos, autócratas ó dictadores, son grandes egoístas, que prefieren satisfacer su pasión de mando, al bien de la patria, pues la historia demuestra claramente que el mejor medio de consolidar el progreso de una nación, es la libertad, y ese bien nunca se lo conceden. Para hacer el sacrificio del poder en aras de la patria, se necesita una grandeza de alma poco común, que generalmente desconocen tan encumbrados personajes, en quienes la modestia es la más rara de las virtudes. Para no dejar en libertad á su país, fácilmente se persuaden de que ellos únicamente pueden gobernarlo con acierto, que el pueblo es muy ignorante

é incapaz de conocer sus verdaderos intereses. Por último, no pueden apreciar la magnitud de sus faltas, pues la lisonja que los rodea acaba por falsear aun su mismo criterio, ya que todo les es presentado con aspectos engañosos para no causarles desagrado.

Ya vemos porqué no ejercen el poder absoluto sino los ambiciosos ó los fatuos.

Además de estos defectos que invariablemente acompañan á los déspotas de la tierra, los sigue una turba de parásitos que viven de la adulación y llegan á formar un muro compacto que no deja llegar á los oídos de su soberano sino las lisonjas, porque en la puerta de los palacios son detenidas siempre las importunas quejas de los oprimidos, las protestas de los ultrajados, la indignación de los buenos.

Agreguemos que por más actividad y buena intención de quien ejerce el poder absoluto, no puede saber lo que pasa lejos de él, sino por el intermedio de sus mismos amigos, de los empleados que él nombra, y que lo engañan sobre el verdadero estado de las cosas. Le es muy difícil salir de ese engaño, porque es natural que confíen más en lo que dicen sus empleados y amigos, que en la voz de los descontentos, á quienes la lisonja fácilmente hace pasar á sus ojos, como díscolos ó enemigos.

De ese modo la administración se va corrompiendo poco á poco, pues el autócrata no conoce el mal, y los únicos que se lo podrían señalar, los periodistas independientes, permanecen callados.

Vamos ahora á ocuparnos del poder absoluto en México, y con este motivo quizás se nos presente la oportunidad de tratar tan interesante cuestión desde otro punto de vista.



CAPITULO IV

El poder absoluto en México

En el bosquejo histórico que hicimos del militarismo, hablamos de las funestas consecuencias que para México ha tenido el poder absoluto ejercido por medio de dictaduras militares. y ese estudio nos facilitará grandemente nuestro trabajo actual.

En nuestra patria tiene su origen el poder absoluto en las guerras intestinas y en las grandes guerras extranjeras, pues como ya hemos visto, cuando un país sostiene victoriosamente alguna guerra extranjera, le queda la pesada carga de recompensar á sus héroes. En México está íntimamente ligada la idea de poder absoluto, á la de militarismo, porque éste ha sido la causa de aquél.

Lo cual nos servirá en el curso de nuestro estudio para encontrar el remedio á los males que nos aquejan.

Por tales razones abordaremos de lleno la cuestión.